

David Trueba

Blitz



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Ilustración: © Berta Risueño

Primera edición: febrero 2015

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© David Trueba, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2015

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9790-6

Depósito Legal: B. 307-2015

Printed in Spain

Reinbook Imprès, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

ENERO

El mensaje decía:

«aún no le he dicho nada. me cuesta tanto. uff. tq ♥».

Pero el mensaje no era para mí. La vida cambia cuando los mensajes de amor no son para ti. Aquel mensaje de amor, que llegó como un relámpago, inesperado y eléctrico, cambió mi vida.

Yo estaba a pie de barra, rozaba con los dedos la bandeja de plástico verde donde se posaba el pedido a medida que lo embalsamaba en papel de plata un cocinero atareado. Noté el teléfono vibrar en el bolsillo. No tengo un sonido asignado para las llamadas o entradas de mensaje. Me molestan los timbres, esa irrupción tan poco elegante. Ni siquiera toco el timbre de las puertas. Si puedo, me limito a unos golpecitos en la madera. Con el móvil me basta la vibración. A veces sufro eso que llaman el síndrome del teléfono que vibra. La falsa

impresión de que vibra en tu bolsillo y al sacarlo encuentras que no hay llamada ni mensaje, sólo una sugestión. Mi amigo Carlos dice que los móviles serán como el tabaco, sesenta años después de popularizados y extendidos por toda la población pasarán a estar perseguidos como una adicción dañina. Dice que habrá muertos, juicios millonarios y clínicas de desintoxicación. Dice que afecta a los órganos vitales y que, si lo guardas en el bolsillo, cada vez que recibes una llamada los espermatozoides de tus genitales sufren algo parecido a un electrochoque. Por eso ahora nacen tantos niños hiperactivos, dice. Mi amigo Carlos hubiera dicho, de estar allí conmigo en ese momento, ¿lo ves?, ¿ves el daño que hacen los móviles? Porque la vibración era cierta y el mensaje me había llegado, aunque no fuera yo el destinatario. Lo enviaba Marta. Así que me volví para mirarla desde la barra hacia la mesa junto a la cristalera. La mesa en que nos acabábamos de instalar muy poco antes de que todo cambiara en mi vida.

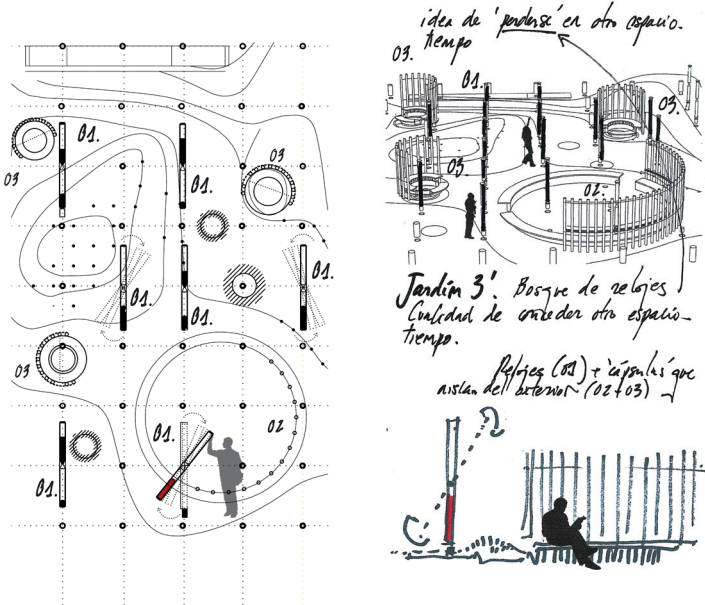
Marta y yo habíamos llegado el día antes a Múnich. No conocíamos la ciudad, pero nos esperaba una voluntaria del congreso para llevarnos en coche hasta el hotel InterContinental. Nos había saludado al responder nosotros al cartelito con mi nombre que sujetaba en las manos. Me llamo Helga, se presentó. La seguimos hasta el aparcamiento y allí nos entregó una mochilita acrílica con el catá-

logo de los actos y nuestras acreditaciones. Lebensgärten 2015, anunciaba cada logotipo del congreso. Había un papel con la amable bienvenida de los organizadores en dos idiomas y otro con el horario de nuestra presentación, al día siguiente, la persona de contacto y el sector del palacio de congresos donde tendría lugar. Para cualquier otra cosa podéis recurrir a mí, dijo la mujer. Y durante el trayecto hasta el hotel InterContinental nos hizo alguna pregunta sobre el viaje, pero dejó que miráramos por la ventanilla y descubriéramos con nuestros propios ojos el entorno. Cuando entrevimos el estadio de fútbol, Helga nos lo señaló, es muy famoso por su arquitectura. Yo le comenté algo a Marta sobre sus autores, pero no pareció demasiado interesada.

El nombre del congreso podía traducirse como «Jardines de vida» o «Vida y jardín», aunque esto último sonaba más a spray para matar insectos. Habíamos sido invitados al congreso para presentar un proyecto a concurso. Me cuesta explicar mi trabajo. Para hacerlo al día siguiente utilizaría una serie de imágenes generadas por ordenador que al verse proyectadas ahorran muchas explicaciones. Competíamos en la categoría de Perspectivas de Futuro, lo que en alemán, *Zukunftsperspektiven*, sonaba menos hueco y con más andamiaje metálico. Disputaríamos contra veinte proyectos internacionales los diez mil euros del premio. Se trataba de recrear una intervención paisajista, no importaba si resultaba fac-

tible o razonable, era algo así como una ensoñación o una ficción. Un concurso de cuentos donde en lugar de un cuento contábamos un jardín. En nuestro trabajo te acostumbras a plantear escenarios imposibles, a sortear la falta de fondos o el interés por hacerlos realidad con simulaciones digitales.

Mi idea era un parque para adultos. Un lugar exterior urbano, sencillo y realista. Con sus bancos de lectura donde detenerse a reposar en los ratos robados a la oficina. La novedad principal era que contenía un bosque de relojes de arena, de escala humana, que al girarlos te concedían un tiempo de abstracción.



Podía servirte de aviso y cuantificación del tiempo, pero también de evasión. Es lo que me gusta de los relojes de arena, que reformulan una idea de ansiedad ante el transcurso del tiempo y transforman ese proceso inevitable en algo visual. En realidad éstas eran las palabras que pensaba utilizar en mi presentación del día siguiente. Yo me hubiera limitado a decir que me gustan los relojes de arena, me gustan porque señalan el verdadero sentido de la vida, que no es otro que la sumisión a la ley de la gravedad como esa arena que cae del bulbo superior al inferior en los relojes de cristal. La idea del jardín era enseñarte a valorar con precisión lo que eran tres minutos. Así empezaba mi charla: ¿acaso alguien se ha detenido a pensar sobre lo que son realmente tres minutos?

Yo fui el primer sorprendido de que seleccionaran mi «Jardín de los Tres Minutos» entre los finalistas. O como se presentaba oficialmente: *Drei-Minuten-Garten*. El congreso de Múnich era uno de los más reputados entre los paisajistas junto al Eurau y el IFLA. Y en los proyectos de jóvenes premiados habían despuntado algunas ideas revolucionarias a lo largo de los últimos diez años. Como con todos los concursos, bastó que me admitieran para que, a mis ojos, se desacreditara un poco el evento. Desocupados como estábamos en mitad de la crisis, sin apenas encargos y decididos a mantenernos en la hibernación de una página web sin

rentabilidad, los concursos se nos dibujaban como una opción para ganarnos la vida. Marta y yo éramos los socios únicos, trabajábamos en un cuarto de casa al que llamábamos la oficina. Marta no tenía estudios de arquitectura ni paisajismo, pero era alguien con una sensibilidad especial, siempre con consejos y correcciones que mejoraban mis propuestas. Trabajar juntos prolongaba nuestra sincronía de pareja sin ninguna disputa. Ella era la que llevaba la administración y la representación de la empresa. Nada estuvo planificado, porque el origen partía de un estudio de arquitectura que fundamos cinco compañeros de promoción, pero que poco a poco se fue hundiendo y desgajando. El último en marcharse fue Carlos, cuando aceptó la oferta de un arquitecto más consolidado. Me pareció natural que Marta se sumara conmigo en el último aliento de permanencia, cuando yo aún guardaba esperanzas de que nos diera de comer un oficio tan etéreo.

Estaba nervioso por la presentación. Ya habíamos participado en varios certámenes, pero nunca nos habían invitado a la ciudad para mostrar el trabajo en persona. Casi siempre llegaba una aceptación por mail de nuestro proyecto y un tiempo después la noticia de que otro finalista había ganado el concurso. Así que Múnich era un reto. En quince minutos, y en inglés, tendríamos que presentarle al jurado y al público asistente nuestra propuesta. Estaba seguro de que mi absurdo proyecto carecía de

posibilidades y que acabaría mirado con sarcasmo, reducido a una chusca bobada más apta como parque infantil que para espolear la carrera de un creador de espacios públicos. Marta me calmaba, todo irá bien, me repetía, ya verás, y aquel primer día en la ciudad estuvo cariñosa y atenta conmigo.

A poco de llegar paseamos por el pabellón Gasteig y recorrimos las candidaturas exhibidas en un escueto mosaico de fotografías a color. Marta pensaba que nuestro proyecto tenía muchas posibilidades. Yo pensaba que engrosábamos la mediocridad general de los contendientes. Había un parque hecho con basuras, un jardín acuático, un rincón de artistas plásticos, un espacio recreativo infantil. A éste le falta un gnomo de escayola, bromeé. Marta me golpeó el brazo y miró alrededor con la esperanza de que nadie hubiera oído mi comentario despreciativo.

Por la noche quise hacer el amor. Nuestra cama de matrimonio tenía dos edredones individuales en lugar de uno grande y compartido. Ese hallazgo resultaba práctico. Mira qué buena idea para que las parejas no se roben la manta el uno al otro o para que cada uno resuelva su temperatura ideal para dormir. Esa racionalidad, que identificaba con el carácter alemán, era la que me aterrorizaba al pensar en la presentación del día siguiente. Mi propuesta era jugetona, casi frívola, más emocional que científica.

Marta no quiso hacer el amor. Estaba cansada del largo paseo que habíamos dado por la ciudad